

dejaron inservible al primero al cabo de algunas semanas, hagan sufrir la misma suerte al segundo.

La experiencia ha demostrado, en efecto, que el agua del mar ataca y destruye químicamente, en muy poco tiempo, el alambre enrollado al rededor de los conductores submarinos, y destruido una vez ese alambre, el resto se deteriora rápidamente.

Verdad es que la compañía tiene dos cuerdas en su arco ó mas bien en su telégrafo.

Habia olvidado decir que la inmersión del nuevo cable es solo la mitad de la empresa del *Great-Eastern*, y que este buque iba provisto de todos los útiles y artes necesarios para repescar á su vuelta el cable del año último, con el que cuenta establecer una segunda línea complementaria y suplementaria.

Si los dos cables se sumergen juntos, se gastarán simultáneamente, se habrá doblado por un tiempo dado la comunicación; empero nada se habrá hecho para prolongar su duración.

Los sabios no son los únicos que se encogen de hombros cuando se les habla del maravilloso éxito de esta empresa.

Hay una categoría de gentes que no auguran absolutamente nada de bueno: esas son las gentes supersticiosas.

Los físicos tienen dudas sobre la duración del cable, y sobre la naturaleza de los fenómenos que podrán deteriorarlo. Los supersticiosos están seguros de que el negocio parará en mal de un modo ó de otro, esto poco les importa.

¿Y por qué? preguntarán mis lectores.

¿Por qué? por que el *Great-Eastern* salió y comenzó sus operaciones en..... ¡VIERNES TRECE!!!

LAS DISTRACCIONES DEL PRINCIPE CARLOS.

Al retirarse á su casa el señor don Alonso Dávila, hidalgo de solar conocido en la parroquia de San Ginés, notó con alguna extrañeza, parado ante la puerta al maestro talabartero Damian Martin, industrial muy allegado á su persona en razon del apoyo que le prestó para establecer su tienda, no lejos de la puerta de Guadalajara, donde ahora corre la calle de Milanese.

Animóle con su buen agrado á referirle su cuita, pues no dudaba fuera negocio embarazoso el que allí le conducía, aquejado como se halla por la mala fortuna y cinco hijos de corta edad, además de una esposa tan fecunda como falta de salud.

Tenia gusto el caballero en socorrer sus necesidades, y el menestral le pagaba con sobra de afecto lo que de otra manera le fuera imposible, por lo cual adelantándose á saludarle y aun apoyando con familiaridad su mano en el hombro del artesano (cosas de aquellos tiempos de ignorancia, al presente no incurriamos en tal desliz) le dijo entre chancero y quejoso:

—¿Qué hay de bueno, maese Damian? ¿Por qué tan místico y cariacontecido? ¿Acaso la señora Dorotea os ha dado algun nuevo fruto de su cariño conyugal y careceis de persona que le presente en la pila? En verdad ¡tonto de mí! que recuerdo haberla visto no hace

SEGUNDA SERIE.—1867.

mucho algo abultada de cintura. Vaya, vaya; no se aflija por eso que se lo tomará Dios en cuenta; ya sabe que cuando nace un hijo se aumenta una hogaza. Dígame la hora de la santa ceremonia y en la iglesia estaré yo para responder á todo.

—¡Ay, señor, ojalá no fuera de mas consecuencia lo que debo poner en noticia de vuestra merced, contestó Martin dando vueltas á la montera entre las manos, mirando con susto á su alrededor.

—Me poneis en cuidado, santo varon; ea, pues, hablad pronto y sin recelo, que dispuesto me hallo á cuanto venga.

—Os suplico nos alarguemos hasta salir de la puerta, donde podré con menos sobresalto advertir á vuestra merced la infame tramoya que se medita contra su pundonor.

—¡Eso tambien! ¡Voto á mi nombre, señor Damian, que ya me vais apurando el sufrimiento! Hablad luego, pecador de vos, antes de obligarme á cometer un desaguisado, y salgamos fuera, si es que allí habeis de encontraros mas á vuestro sabor.

Poco tuvieron que andar para verse á distancia de miradas indiscretas, ocultos entre las muchas construcciones en que á la sazón se trabajaba para engrandecer la villa, pues era entonces el año 1564, Felipe II habia fijado la corte en Madrid y naturalmente faltaban habitaciones para los muchos forasteros que por necesidad en ella se establecian.

—Ya sabrá vuestra merced, continuó Damian, que hace tiempo he dado en concurrir á la taberna de Miguel Anton, el morisco mas escrupuloso de todo el arrabal en esto de cometer adulterios con el vino.

—No lo sabia, pero me doy por advertido y prosiga, omitiendo las digresiones.

—Pues bien, señor: en el mismo banco y á mi lado, vino á sentarse un escudero de buena casa, franco de bolsa y hombre de resistencia para la bebida, con el cual trabé amistad particular aficionado de sus buenas prendas.

—Señor Martin; creo que no me habreis conducido á este sitio para enterarme de las circunstancias que adornan á los parroquianos de Miguel Anton, sino para referirme asuntos de grave interés.

—A eso voy, señor don Alonso, pero hay que tomar las cosas desde su principio. Pues como iba diciendo, empezó el dicho escudero preguntándome si era casado, cuantos hijos tenia, con que oficio los sustentaba, mostrando un interés por mis adelantos que nunca juzgué poderle agradecer bastante. Como siempre mezclaba yo en la conversacion á vuesa merced, cual mi protector y amparo, llegó el caso de que hablásemos de sus cosas aun mas que de las propias, hasta el punto de confesarme aquel traidor que un poderoso caballero prendado de vuestra recatada esposa trataba de sorprenderla sin testigos, para declarándola su amor y elevada gerarquía hacerla conocer la mucha ganancia que la resultaba de olvidar á un hidalguillo como vos, cuando un varon de su clase se la ofrecia por galán. En vano traté de afearle su conducta; rogó, amenazó, y por fin me dijo que si hoy despues de anochecido no proporcionaba entrada á su amo al aposento de mi señora doña Leonor, mañana habia de arder la casa que habito con todo cuanto en ella se encierra. Y no dudo que tiene poder para verificar su intento, pues repetidas veces cuando algun corchete ó ministril topaba con él, bastaba una señal de su mano para que despejase ó le siguiera sin cubrirse hasta

AÑO XXV.

que se lo permitia. Yo no sabré decir la causa, pero su presencia hiela y su mirada estremece.

—¿Habeis acabado, Martin? prorumpió don Alonso, livido por la cólera, á pesar del dominio que afectaba sobre sí mismo.

—Nada mas tengo que añadir, sino que vuestra merced ordene lo que sea su voluntad.

—Pues marcha, y cumple las instrucciones del escudero segun él te previno.

—¡Pero señor!

—Silencio y escusa replicas ¡voto al infierno! ¿Dónde has de verte con ese hombre?

—A la esquina del palacio de Évoli, cuando la luz del dia haya desaparecido.

—No te hagas esperar; vuelve ligero que aguardo impaciente tu venida.

—¿Y sereis capaz de oponeros á ese malsín y á su dueño, que sin duda será algun endemoniado?

—¡Calla, ruin villano, y no me apures! A el mismo Lucifer y toda su corte fuera yo capaz de hacer frente en este momento.

Despues de bien cerrada la noche vió don Alonso, escondido en el hueco de una puerta frontera á la de su casa, llegar tres hombres embozados y pararse delante del umbral.

—¿Es aqui? dijo el de menos talla dejando caer el embozo y descubriendo una larga y poblada barba.

—Sí, señor, respondió Martin, que era el guia de la expedicion.

—Pues llamad, vos que sois conocido, y no infundireis sospechas á la criada. Nosotros iremos detrás y la impediremos dar voces.

Una insolente carcajada siguió á estas palabras, y la voz de don Alonso, que cerrando á cuchilladas con los atrevidos agresores les apostrofaba encolerizado.

—Espérad, canalla mal nacida, que yo soy el que tengo de impedir vuestras infames intenciones.

A los primeros golpes cayó el escudero partida la cabeza, y su amo emprendió la fuga cojeando trabajosamente, lo que no le impedía gritar con angustia:

—¡Favor al rey, que matan al príncipe!

A los pocos pasos asióle Dávila del cuello de la ropilla deseando conocerle antes de hacer en él un escarmiento, pero bregando para sujetarle cayóse la barba del fugitivo, mostrando al descubierto la fisonomía enfermiza y repugnante de don Carlos de Austria, hijo de Felipe II.

Teniale don Alonso aferrado por la garganta, aun despues de conocido, suspenso entre la indignacion y el respeto á la majestad, hasta que dándole dos ó tres sacudidas contra la pared le soltó diciendo:

—Vete libre, malvada criatura, pues la veneracion que debo á tu escelso padre, cuyos dias llenas de tristeza, ata mis manos para castigarte. Dejo á la Providencia el cuidado de librar á España de ser regida por un mónstruo como tú.

Dicho esto entró en su casa, la calle volvió á quedar silenciosa y á corto rato cabalgaba por ella don Alonso huyendo de la venganza del príncipe, que no dudaba le perseguiria sin descanso.

Acechando don Carlos ocasion oportuna de tomarla tan mezquina cual sus perversas inclinaciones le dictaban, supo que dos niñas de Martin pasaban un dia por delante del Palacio Real. Hizolas subir á sus habitaciones y azotarlas cruelmente á su presencia, diciéndolas cuando se hubo satisfecho:—Contad á vuestro padre lo que os ha pasado, ad-

virtiéndole que de igual manera he de tratarle dentro de poco, hasta que muerto sea.—Volviéron llorando y casi desmayadas al seno de su familia, donde atraidos los vecinos por las quejas de aquellas inocentes, supieron el desacato, que corriendo de boca en boca se divulgó en términos de llegar á noticia del rey. Este infeliz soberano á quien el cielo castigaba valiéndose de su rebelde primogénito, hizo llamar á Damian, encerróse con él, y á solas uno de los contados monarcas cuya única voluntad ha sido reconocida del uno al otro mar, desde Gibraltar hasta mas allá del Ter, con el pobre menestral, dióle cuantas satisfacciones el caso demandaba, le ofreció garantarle contra nuevos atentados y por despedida hizole donacion de cien reales de su bolsillo secreto, cantidad de consideracion en aquella época.

No escribimos historia, pero tampoco seriamos capaces de suponer un hecho semejante. En el Archivo de Simancas, *Contadurias generales*, en las cuentas pertenecientes al 15 de octubre de 1564 se halla una indemnizacion hecha á Damian Martin, padre de las niñas á las cuales se habia pegado por orden de su Alteza.

Puesto á salvo don Alonso, de las iras de su enemigo tocóle su vez á su esposa doña Leonor Coello.

Saliendo de la iglesia de San Martin fué asalta una noche cerca de la huerta de la Priora, por una cuadrilla de rufianes armados: á la dueña y al paje que la acompañaban, despues de golpearlos con furor los hicieron alejarse de aquel sitio, mientras la noble dama tapada la boca y medio arrastrando, era encerrada en una silla de manos y conducida donde la volveremos á encontrar antes de mucho.

II.

Por aquel tiempo regresó del Nuevo continente donde habia partido mas ganoso de correr aventuras que solicitado por la codicia, el ilustre caballero don Pedro Chacon, miembro de uno de los antiguos y claros linages de la corte, en cuyo radio gozaba su familia grandes propiedades y fama sin mancilla desde la mas oscura antigüedad.

Encontró la casa desconcertada y sin gobierno, su anciana madre con hábito y correa de penitente, escasa de palabras y pródiga de *Pater noster*; sus hermanas viviendo en habitaciones apartadas en compañía de algunas sirvientas de su mayor confianza, y todo respirando un aire de susto y agitacion que le pusieron en cuidado, á pesar de no ser hombre de tomar á pechos ningun acontecimiento.

Sin embargo de que á primer golpe de vista advirtió cuanto llevamos dicho, dejó pasar los primeros plácemes y enhorabuenas por su feliz llegada antes de preguntar la razon de un trastorno, cuyo motivo desconocia, pues que á todos encontraba con salud y en cabal número, si no los habia contado mal sospechando alguna desgracia.

—¡Ay hijo mio! exclamó doña Guiomar, mojando sus dedos en una pililla inmediata llena de agua bendita y rociando á don Pedro con el mayor fervor, arregla tu vida, purifica tu alma, pues el enemigo comun se alberga cerca de nosotros y podrás caer en la tentacion.

—¿Cómo, señora! ¿acaso está espiritado alguno de la familia? Vereis que pronto se remedia el dano, porque afortunadamente ha venido conmigo fray Bernal Garcés, religioso francisco misionero de nuestra escuadra, varon de santidad ejemplar y corazon de hierro á quien no harán

retroceder un paso todas las trazas del demonio, ni cuantas patrañas puedan inventar los embaucadores.

—¡Vana esperanza! contestó la señora. Ante ayer el padre vicario de las monjas carmelitas, famoso por su virtud contra los energúmenos, exorcizó desde estas ventanas las de la casa inmediata, y aquella noche fué la escogida por los ministros de Satanás para celebrar sus danzas en el mismo patio que sirve de límite á los dos edificios.

—¿Conque según escucho, son nuestros vecinos los que están próximos á que el diablo se los lleve?

—Dejaron las habitaciones desahuyadas desde los primeros anuncios de aposentarse en ellas los malos espíritus; pero ya ves, pueden pasarse aquí el día menos pensado y debemos dejarles el campo libre, so pena de irritar su cólera.

—Querida madre, como yo solo temo á Dios y á mi conciencia, permitidme no crea necesario seguir vuestro parecer. ¿Y de qué manera han dado conocimiento de su presencia esos tentadores de las almas?

—Unas veces infestan el aire con un pestilente olor de azufre ó trementina; en ocasiones se oyen lamentables ayes, ruido de cadenas, juramentos y blasfemias imposibles de repetir, y la noche que te dije celebraron su sábado cerca de las ventanas, los vimos todos bailar en corro alumbrados por lámparas formadas de calaveras humanas, en derredor de un macho cabrio, al que besaban luego la pezuña después de saludarle con mucha ceremonia.

—Los medios no son muy á propósito para escitar la concupiscencia.

—Calla, hijo mío, no te burles de lo sobrenatural y escarmienta en el ejemplo de dos valientes soldados, á quien dimos cincuenta reales y abundante cena para que hiciesen centinela desde las doce en adelante, y por la mañana estaban tendidos sin habla ni conocimiento, el que no recordaron hasta pasadas muchas horas.

—Nada mas que las necesarias para despejar su cabeza de los vapores del vino que habrían trasgado al estómago. Deponed el susto, señora; el Creador del universo, á quien todo está sometido, no puede permitir en el orden moral semejantes ridiculeces. Hoy á la media noche he de buscar á los vestiglos en su guarida, y por vida de quien soy, que nos veremos las caras á menos distancia que ellos quisieran.

—¡Ay mi Pedrico, exclamó la señora, el calor del otro mundo le ha derretido los sesos! ¡Atreverse á desafiar á Belcebú, con quien no se atrevió el padre vicario ni los señores alcaldes de la Casa y Corte! ¡Sabe Dios en lo que me le van á convertir! ¡Triste de mí que tanto he vivido para presenciar este caso!

Así diciendo, doña Guiomar lloraba á lágrima viva sin atender á las alegres caricias de su hijo, para quien era un motivo de contento acometer aquella empresa, que ciertamente consideraba como una de las menos arriesgadas de su vida, aunque no tan exenta de peligros que debiese arrostrarla desapercibido. Al cabo su tranquila seguridad y la promesa solemne de llevar consigo cierta reliquia de gran virtud, pudo infundir confianza en el ánimo de la anciana para no desmayarse á la sola consideración de ver á su hijo empeñado en singular combate contra las potestades infernales.

Llegó la noche, y seguro don Pedro de que todos yacían recogidos, si no abandonados al sueño, púsose de atalaya en un postigo que daba salida al patio de comunicación

donde los brujos solían ejecutar sus fechorías. Un criado le acompañaba, de ánimo sereno, arcabucero de crédito en las costas y mares de la Florida, donde acompañó á su amo entre los terribles expedicionarios de Menéndez de Avilés. Con solo decir esta circunstancia se comprenderá fácilmente el poco cuidado que á los vigilantes infundiera el mismo Satanás en persona, dado caso que fuera posible les acometiese en forma humana.

En el momento de sonar la última campanada de las doce en el reloj de Palacio, oyeron abrir una puerta en la casa endiablada y aparecer por ella una vision de figura horrenda alumbrada por el fatídico resplandor de un hacha verde que llevaba en la mano. Sin duda su intención era solo explorar el terreno, pues quiso retirarse volviendo á cerrar apenas asomó la cabeza; pero Mendoza y su criado no le dieron espacio para tal cosa, sino que poniéndose en dos saltos bajo el dintel, empujaron en términos que no tuvo mas recurso el asustado diablo que retirarse á buen paso, con grave descrédito de su cualidad de poder sobrenatural, ante sus inopinados perseguidores.

Así atravesaron infinidad de salas y tránsitos guiados por la luz del fantasma, hasta llegar á una cuadra donde otros dos de la misma traza, atraídos sin duda por las voces y el estruendo que movía su compañero acosado tan de cerca, esperaban determinados á resistir la embestida, muy seguros de sus amaños para infundir terror y espanto. Vestían un ceñido traje de bayeta negra listado de rojo, arrastraban cadenas y varillas de hierro, no habían olvidado adornarse con sendos cuernos y lengua cola y midiendo á saltos la pieza daban aullidos feroces bajo sus máscaras de formas extrañas.

Detúvose don Pedro al verlos, amartillando un pistolete que llevaba en la mano izquierda, y con manifiesta serenidad y desprecio.

—Ralea de bellacos, les dijo, arrojad pronto esos disfraces y decid luego el objeto de vuestras amañerías, si por ventura apreciáis en algo la vida.

Mas ellos sin hacer caso aparente, multiplicaban sus gemidos y ademanes; procurando por todos los medios alucinar á sus contrarios.

Así llevaban algún rato cuando don Pedro, que no pecaba de sufrido, disparó casi á quema ropa sobre uno de ellos que se le acercó demasiado, hiriéndole en mitad del pecho, sin que diese muestras de haber sentido tal cosa. Algo desconcertado con esto echó mano á otra de las pistolas que traía en el cinto haciendo fuego de nuevo sobre el impasible fantasma. Tampoco se movió, pero los resultados fueron muy diferentes. Una explosión terrible conmovió el edificio, la mitad del techo cayó desplomado al suelo y amo y criado salvos milagrosamente, si bien enterrados en el polvo y los escombros, necesitaron su probada intrepidez para no cejar en aquel lance.

Puestos en pié echaron mano á las espadas y se dirigieron en busca de los duendes que se retiraban dejando á oscuras la sala.

—Señor, dijo entonces el criado, con permiso de vuestra merced, creo que somos pocos para seguir adelante, y veo en esto alguna cosa fuera del orden natural.

—Nécio, replicó don Pedro, ¿no ves que si tuvieran poder para ello ya nos hubieran confundido y que solo tratan de amedrentarnos? Vuelve á casa si tienes miedo y sabrás des pues como yo solo di buena cuenta de esos canallas y sus miserables tretas.

—Adelante, señor, puesto que así lo quiere vuestra mer-

ced, que por mi vida nunca le abandonaré en el peligro.

Dicho esto volvieron á empeñarse con mas gallardos bríos en su lucha contra los falsos espíritus, á quienes encontraron fortificados en un pasadizo estrecho detrás de una especie de parapeto levantado con muebles hacinados apresuradamente, á través de los cuales se veían relucir las puntas de algunas alabardas. Para llegar hasta ellos era necesario cruzar una trampa ó foso abierto de antemano en el piso. La situación era difícil, pero habia mudado de aspecto. Los moradores del otro mundo vista la ineficacia de sus arterias dejaban el puesto á malandrines de carne y hueso, y esto era mucho mas del gusto del criado de Mendoza.

Hombre de fuerza y resolucion, trajo sin detenerse algunas vigas de la arruinada techedumbre, las echó, á pesar de los ladrillos y cascotes que le arrojaban desde la otra parte, sobre la cortadura del pavimento y hubiera pasado en breve á no haber estallado una especie de mina ó barreno de pólvora á que dieron fuego los contrarios al verle sobre los tablones, con los que cayó á lo profundo.

Aquella resistencia inesperada y el contratiempo ocurrido á su fiel servidor escitan el ánimo de Mendoza; ya no es un lance oscuro y sin gloria, es un verdadero asalto lo que se ofrece á su espíritu marcial. Sin detenerse arroja nuevas tablas, aunque mas frágiles, de un borde á otro de la zanja, algunas contusiones le cuesta, pero se pone á la orilla contraria; raja, corta, destroza cual si abordase galeon enemigo; un pobre diablo trata de oponerse á su carrera y cae atravesado el vientre de una estocada, mientras los demás arrojando máscaras y disfraces buscan la puerta de la calle y salen fuera tomando cada cual por su lado.

Volvió don Pedro ansioso de averiguar aquel extraño misterio, no dudando encerrarse alguna causa de importancia, y poniendo al herido la espada en la garganta:

—Eres muerto, le dijo, sino declaras con que motivo é intenciones asustábais al barrio con vuestros escándalos y arreos descomunales.

—Caballero, si sois cristiano, le contestó el moribundo, dejadme tiempo de morir como tal y os contaré cosas de que habeis de admiraros en alto grado.

—No permito dilatar un instante la contestacion á mi pregunta, añadió Mendoza hundiendo la punta de su acero en el cuello del rufian.

—¡Por el amor de vuestra madre, señor! Se me va el alma con la sangre que vierto de esta herida y no tendria tiempo para satisfacer vuestro deseo. En mi cintura hallareis un manojo de llaves, tomadle, y con la mas pequeña, abrid un aposento situado á la postre de la tercer galería que hallareis á la derecha. En él vive muriendo una hermosa dama que os deberá su libertad y podrá enteraros mas sosegada de cuanto apeteceis saber.

—¿Y á mi criado que le habrá sucedido?

—No tengais temor ninguno, señor; ha caido de muy poca elevacion á la cueva de la casa; en la cocina encontrareis la puerta. Por caridad os ruego le mandeis á socorrerme; mirad, caballero, que en todo esto solo he obedecido unas órdenes tan poderosas que me hubiera sido imposible resistirlas.

Apoderóse don Pedro de las llaves, tomó uno de los hachones que habian arrojado los fugitivos y con facilidad dió con el aposento indicado por el herido.

Abrió la puerta y sin apenas dar un paso tropezó con una mujer acurrucada sobre una banqueta de madera arriada contra la pared frontera. ¡Tan reducida era la estancia!

Detúvose algun tanto á reconocerla y admiró la noble hermosura de la huésped, aunque amortiguada por la pena que se conocia la dominaba. Alzó ésta los ojos con espanto y al mirar al recién venido rompió á llorar con amargura y postrándose ante una cruz que pintada con carbon estaba, exclamó cruzando las manos:

—Hágase vuestra voluntad, Señor; pero tened misericordia de mí.

Entonces Mendoza echó una ojeada sobre su persona y encontró la esplicacion de aquel movimiento de fervor.

Su vestido desgarrado y lleno de polvo, el rostro ennegrecido con el humo de la pólvora, la espada desnuda y tinta de sangre, el hacha comunicando un reflejo vacilante y fúnebre á su fisonomía alterada por la cólera, era mas que suficiente para infundir pavor al corazon menos susceptible de miedo. Conociéndolo así procuró dulcificar su voz é infundir ánimo á la infeliz reclusa con razones corteses y amables, parecidas á las siguientes:

—Si como supongo, noble señora, pues vuestro ademan indica que lo sois, lo injusto de la fortuna ayudando las torpes intenciones de gentes infames y desalmadas, os hicieron victima de su felonía en este miserable recinto, bien podeis reclamar albricias, porque los inhumanos ofensores destruidos fueron con el auxilio de Dios por el valor de mi brazo, cuyo sosten he de prestaros hasta llegar donde asistida cual obliga el pundonor entre los que nacen con honra, mandeis segun os plazca al que desde ahora para entonces desea le acepteis por caballero.

—¡Dios mío! ¿será cierto que no pertenecéis al número de mis verdugos?

—Señora, vuestra duda ofende la pureza de mis intenciones. ¿No habeis escuchado el fragor de la pelea y los gritos de rabia por su vencimiento de los bandoleros que poblaban esta casa?

—Sí, pero juzgué fuese alguna nueva invencion para aterrorizarme ó ahuyentar á los que pudieran descubrir sus maldades, segun hace cuatro años lo vienen practicando.

—¡Cuatro años de horrible empaderamiento! Venid pronto, abandonemos este fúnebre ataud, y despues de veros en sitio conveniente me contareis, si graves causas no lo impiden, los motivos de haberos tratado con tanta inhumanidad.

—¡Ay de mí! exclamó la dama volviendo á su llanto, ¿dónde hallaré refugio? Tuve un esposo á quien amaba y del cual era correspondida; pingües heredades nos daban lo suficiente para vivir con holgura, pero un tirano poder destruyó felicidad tan grande, y ahora el hombre que Dios unió conmigo, calumniado de traidor vaga proscrito por naciones extranjeras, si acaso la miseria y el sentimiento no han acabado con su vida, como la confiscacion ha disipado sus bienes.

—Cobrad ánimo, señora. Habito la casa inmediata en compañía de mi anciana madre y dos hermanas jóvenes; á su lado podeis tomar puerto esperando temporal menos deshecho. Cuando mejor informado esponga vuestros agravios á nuestro recto monarca, estad segura que no existe poder sobre la tierra que le impida sentenciar con arreglo á justicia.

—¡Ah! por Dios, callad; ¡si supiérais! Es muy alto mi enemigo para que pueda alcanzarle ni aun la justicia del rey.

—Perdonad, señora, mas la ignorancia de cuanto pasa por fuera os hace discurrir sin exactitud. El soberano que imitando el ejemplo que de Abraham nos ofrecen las Sagradas letras, y de Junio Bruto la historia romana, hace á Dios

y á su patria el sacrificio de su propia carne y sangre, encargando á un tribunal formado ex-profeso, corrija y castigue los desacatos del príncipe real, no puede doblegarse ante ninguna consideracion humana.

—¿Qué decis? ¿El príncipe Carlos?...

—Ayer 18 de enero fué reducido á prision en su propio cuarto, donde aguardará el fallo de su causa.

—Ese, ese fué el calumniador de mi esposo; el que me arrebató alevosamente para encerrarme donde pudiera divertirme con mi llanto, en el que se gozaba con feroz complacencia: sus necias solicitudes comenzaron el tejido de males que sólo acabarán cuando me falte la vida.

—¿Cosa rara! yo le juzgaba incapáz de amar ni aun por vicio.

—Y habeis juzgado bien; la ira y la gula son las únicas pasiones á que se abandona. Todos los dias llegaba á esa ventanilla que veis y asomado por ella con maldad estúpida, pasaba horas enteras insultándome hasta cansarse. Aborrece á las mujeres y por odio las persigue y procura causarlas daño. Ahora con la noticia que me habeis dado no titubeo en seguiros, pues sin ese acontecimiento vuestra perdicion era cierta.

—Disimuladme por un instante, señora. En la refriega anterior ha caido mi criado en una trampa y voy á darle libertad ó socorro para volver al punto.

Se apartó Mendoza en direccion del sitio donde creia hallarse la cocina, para dar salida á su lacayo, cuando oyó llamarse por él á grandes voces, y á poco llegar corriendo hasta ponerse sano y salvo á su lado.

—¿Cómo es eso? le preguntó, ¿de qué manera has podido salir sin abrir la puerta?

—Poniendo sobre una mesa algunos barriles y utensilios á propósito hasta llegar á la misma abertura por donde caí. Apenas hube salido fuera encontré á uno de los diablos casi agonizando que me suplicó le socorriese; estuve por abandonarle, pero luego tuve lástima al oír sus lamentos, y le vendé la herida lo mejor que pude. Es hombre de muy buena conversacion, que ha satisfecho algunas dudas que yo tenia. ¿Sabe vuestra merced por que los bergantes eran invulnerables á las balas?

—En verdad que no acierto á comprenderlo.

—Pues era porque sobre la coraza llevaban una piel de lobo.

—¿Y el hundimiento del techo has averiguado como sucedió?

—Eso estaba prevenido para cuando se viesen en algun lance crítico, así como las esplosiones de pólvora.

—Está bien. Acomoda lo mejor que puedas á ese miserable en un aposento cualquiera, que podrá llegar ocasion en que nos sirva de mucho su presencia.

Después de esto fué doña Leonor Coello, á quien el lector no podrá menos de haber reconocido en la dama reclusa, conducida á casa de su libertador, donde la recibieron madre é hijas con afable cortesía y piadosas atenciones.

Resolvió Mendoza averiguar desde luego el paradero de don Alonso Dávila, y á vuelta de constantes afanes supo con evidencia, de la cual sacó testimonio, que habia perecido en Frisia, cuando el tercio de don Gonzalo de Bracamonte, en el que militaba, obligó con temerario empeño al conde de Aremberg que dirigia los españoles, á presentar batalla á todas las fuerzas orangistas mandadas por Adolfo de Nassau, que tambien quedó en el campo. Con esto fué restablecida su buena memoria, alzada la confiscacion de sus

bienes, que se repartieron los parientes inmediatos, y lo que tuvo mas importancia, pasado el año de luto, su viuda contrajo nuevos esponsales con don Pedro Chacon, no sabemos si agradecida ó cariñosa, pues en uno ú otro caso nada habria que reprocharla.

Digamos tambien que el 24 de julio de 1568 falleció el príncipe don Carlos victima de sus escesos, sin haber recaído sentencia en la causa que se le formaba. Su muerte fué digna de un bienaventurado por la contricion y arrepentimiento de que dió pruebas, consiguiendo, sin duda, de la misericordia divina el perdon que la historia inexorable no podrá nunca concederle.

TRES AÑOS DESPUES.

A muchos tal vez les parecerá error de consecuencia que la presente leyenda no quede terminada en el cuadro precedente. Una falta de igual naturaleza achacaron al Hernani de Victor Hugo, dividiéndose las opiniones en términos de no haber podido avenirse todavia. Confesamos que nuestro deseo hubiera sido no seguir adelante, pero los hechos ocurridos posteriormente á los personajes que han figurado desde el principio no son para omitidos, por mas que la critica lo repugne. Así, pues, habremos de dar cuenta de ellos, porque lo contrario fuera dejar manco, atendiendo á ligeros escrúpulos, lo que puede quedar tan perfecto y entero como su buena ó mala construccion permite.

Corrió el tiempo feliz y sin quebranto para los nuevos esposos, amenizando su dicha dos niños que les concedió el cielo antes de tener espacio en que desear pudieran esta bendicion, tan grata especialmente cuando la fortuna sonríe con sus favores. Nada les faltaba; eran venturosos hasta lo infinito, su vida semejava un cielo sin nubes. Pero decimos mal, les faltaba mucho; faltábales la zozobra congojosa, los cuidados, la lucha continua, patrimonio de la humanidad: carecian de aquellos infortunios apetecidos por el opulento Crespo cuando el filósofo le consideró perdido viendo que no podia conseguirlos. Prosigue, lector, que pronto verás agolparse la tempestad sobre las cabezas de ambos consortes.

Sucedía entonces en Madrid que las personas de arraigo vivían próximas y casi en familiar amistad con las menos acomodadas; los palacios de la grandeza por lo comun se alzaban entre las viviendas mas infelices, de lo que resultaba contar los primeros por auxiliares decididos los muchos á quienes alcanzaban sus beneficios, al paso que los otros mostraban con orgullo cual cosa propia el edificio señorial, donde encontraba todo el barrio su providencia, ó cuando menos agrado y buenas palabras. Por eso cierta noche en que los dos esposos pasaban la velada departiendo tranquilamente al amor de la lumbre, no estrañaron les anunciasen que un sujeto de pobre ropa solicitaba hablar á entrambos juntos, pues á no combinarse esta circunstancia volvería en mejor ocasion.

—Pase de contado, ordenó Mendoza; será sin duda algun infeliz vergonzante que juzga tendrá mejor despacho su demanda sirviendo tú de intercesora para ablandar mi corazon.

Entró el desconocido con paso firme y la cabeza erguida, el sombrero en la mano y caido el embozo, mas conociéndose á tiro de ballesta no eran para él estraños aposentos de igual riqueza cuando con tanta naturalidad y soltura se adelantaba por aquellos. Hacia sombra á su rostro una cre-

cida y revuelta barba y según el traje pudiera confundirse con un mendigo; pero su talante, lo altivo de su ademán, tenían cierta gravedad solemne que imponía temor y respeto.

Detúvose algún tanto á contemplar aquel interesante cuadro de familia tan dulce, tan pacífico, y como que se le conocieron impulsos de retroceder antes de hablar palabra; mas fué un relámpago pasajero preludio de la tormenta que comenzó sus terribles estragos con las siguientes frases, pronunciadas por el forastero despacio y con sarcasmo:

—¿Sabeis, don Pedro, que vuestra manceba Leonor, aun se conserva hechicera al cabo de los muchos años que hace dejó de pertenecerme? Por Dios que me doy la enhorabuena de haber venido á recogerla para honrar con ella esta noche mi humilde posada.

Desde un principio se había Chacon puesto en pié al ver el desenfadado con que se presentaba aquel extraño, pero no bien escuchó su insolente apóstrofe brotándole fuego por los ojos comenzó á gritar en altas voces.

—¿Qué dice ese vagabundo? ¡Un loco dentro de mi casa! ¡Hola, criados, matadle á palos ó salga fuera inmediatamente!

—Reportaos, caballero, prosiguió el mendigo, sin abandonar su calma aparente, yo soy don Alonso Dávila, primer marido de esta honrada dueña; ya veis que no carezco de juicio al venir á reclamar su posesión.

Doña Leonor, casi frenética de sentimiento, estrechando á sus dos hijos contra el pecho despues de un penoso esfuerzo pudo esclamar:

—No le creas, es un impostor. Alonso era incapáz de venir á insultarme, y la muerte me ha separado de él hace mucho tiempo.

—Mientes, mala mujer, repuso Dávila, para todos pasaba por difunto, menos para tí, á quien tuve cuidado de escribir en varias ocasiones.

—No pudieron llegar á mis manos esas cartas, encerrada como estuve durante largo tiempo.

—Sea como quiera, interrumpió Chacon; el que tales injurias ha inferido en mi presencia á una dama principal no puede quedar con vida, cuanto mas honrándose con el título de madre de mis hijos. Ahí llevas mi contestación, añadió sacudiendo al insolente huésped una terrible bofetada. Dentro de una hora iré á buscarte al Prado de Recoletos.

—Eso quería, dijo don Alonso trémulo de rabia; si tardas en llegar yo te devolveré el insulto que acabas de hacerme aunque te halles en el templo del Dios vivo.

Marchóse con esto temeroso de que los criados reunidos al ruido de las voces, no le hiciesen pagar caro su atrevimiento; don Pedro quedó arreglando algunos papeles con gran prisa, mientras Leonor deshaciéndose en lágrimas lamentaba lo imposible de conciliar extremos tan opuestos.

Cuando llegó Dávila al Prado de Recoletos, sitio entonces aparente para los desafíos y cuchilladas, estaba solitario y lóbrego; sentóse á esperar el tiempo convenido, no dudando de la exactitud de su contrario, tanto que viendo acercarse á un encubierto con una linterna encendida, tuvo sospechas si podría haberse anticipado; pero ni el aire ni el talle eran los de su enemigo y volvió á seguir en su inmóvil indiferencia.

No obstante, el recién venido paróse frente á don Alonso y descubriendo el rostro y alumbrándole la cara le habló de esta manera:

—Al fin tropecé contigo, renegando traidor, y te mataré sin compasión.

—¿Tú matarme? ¿quién eres, que tanto me aborreces? respondió admirado don Alonso.

—¿Te acuerdas del anciano capitán Gutierrez de Alarcon? Era mi padre, y gobernador del fuerte de Weis en Holanda.

—¿Y qué tengo, yo que ver con ese caballero y su destino?

—Porque tú fuiste el castellano desleal, espía del príncipe de Orange, á cuyo precio conservaste la vida en la matanza de Frisia, que, abusando de la buena fé del veterano gobernador, inspeccionaste el castillo encomendado á su vigilancia, las fuerzas que le guarnecían, su calidad y medios de defensa. Enterado el enemigo sorprendió la fortaleza, y mi padre fué sentenciado á muerte por faltar á sus deberes.

—Ya que tan enterado te hallas, debes saber también los crueles agravios que tenía yo que vengar. Por aquellos días recibí la noticia de haber sido confiscado mi patrimonio....

—Cesa, fementido: no hay con la patria venganza; para un caballero la razón está siempre donde la bandera española. Ea, pues, basta de pláticas y apércibete á combatir, porque si no creo, Dios me perdone, que voy á matarte como á un perro.

—Si no estuviera esperando la hora de comenzar un lance parecido al que me ofreces, ya hubiera satisfecho tu deseo, pero no dudes que habrá espacio para tí en esta noche de maldición.

—El crimen que yo trato de castigar es anterior al que te ha conducido á este sitio. En casa de don Pedro Chacon he recibido noticias tuyas y he corrido á buscarte.

—En vano solicitas la preferencia.

—Pues morirás á puñaladas sino quieres defenderte. Tendrás el fin como has tenido la vida.

—Vamos pronto, por el alma de Satanás, que ya tardo en hacerte escarmiento de importunos, exclamó don Alonso arrojando la capa y poniendo mano á la espada.

—Espera un momento. Hemos de reñir con daga y linterna, porque vengo resuelto á gastar poco tiempo.

—Acepto desde luego. ¿Pensabas acobardarme con esa proposición?

—Estoy resuelto á que los golpes sean certeros y mortales.

Diciendo así encendió el joven otra linterna que llevaba oculta, y, dándosela á su adversario, emprendieron uno de aquellos combates breves, mortíferos y extraños, usados con frecuencia en unos siglos caballerescos en que hasta la salvación comprometían por un falso pundonor. El resultado no podía hacerse esperar. La sangre de ambos corría ya en abundancia sin notarse desaliento por parte de ninguno, cuando el mancebo, deslumbrando con destreza la vista de su contrario, hizo dar un ataque en vago, aprovechando el momento para hundirle la daga en el cuello.

Apagó su linterna, volvió á tomar la capa y salió al encuentro de Chacon, que acudía, bien ajeno de lo que pasaba.

—Ved el cadáver de vuestro rival, le dijo, ha pagado sus deudas tan bien como le ha sido posible. Le recomiendo á vuestras oraciones como yo no le olvidaré en las mías.

Acercóse don Pedro, sin creer apenas lo mismo que estaba viendo. Despues volvió á incorporarse con el joven que le esperaba, y le preguntó:

—¿Pero habeis sido vos?

—Sí, yo. Caminemos á vuestra casa y hasta llegar os enteraré de todo.

Cuanto añadiésemos fueran palabras y nada mas que palabras, como diria Shakspeare. Hemos procurado relatar algunas *Distracciones del Principe Carlos* y sus consecuencias; para referirlas todas no bastaria un tomo entero. Varios autores de relevante mérito, en especial poetas, pintan á este personaje como un bendito, honra de su tiempo y delicia malograda de nuestro suelo: en los extranjeros no extrañamos esta opinion, y hasta la encontramos, si no justa, conveniente á sus intenciones; pero que algunos españoles la sigan, es cosa que ni queremos averiguar por qué sucede.

DIONISIO CHAULIÉ.

INTREPIDEZ DE UN GAUCHO.

Viajando en compañía se introdujeron tres jaguares en la ciudad de Montevideo durante la noche sin que nadie se apercibiese de su llegada hasta que los tres importunos visitantes se encontraron en el centro de la dormida ciudad. Mientras andaban errantes, buscando pasto, se despertaron algunas personas á los gritos de otras que pedian socorro. Entre estas habia un intrépido gauchó, quien al instante se puso al frente de la multitud armada con horquillas, bastones, asadores y picas, y se dirigió hácia el punto en que se suponía se habian refugiado las bestias fieras. Inútiles eran en las estrechas calles el caballo y el lazo; pero el valiente indígena, acostumbrado á no huir ante tales adversarios, pide un fusil, que al momento le dan, y vedle delante de todos, llamando con espantosos gritos á los temibles tigres.

Habia crecido por todas partes el terror por las exageraciones de la multitud; encerrados en sus casas unos habian visto pasar á media docena de tigres que llevaban en la boca pedazos de ensangrentados cadáveres: otros habian contado hasta una docena que trepaban por los muros; en fin era una irrupcion general, un ataque meditado por aquellos señores del desierto para apoderarse de la ciudad, y un castigo que se infligia á los gauchos, quienes les hacen continua guerra. Así es que estas mil imprecaciones volaban ya de boca en boca contra aquellos impíos vencedores de las bestias fieras, culpables porque habian ocasionado tan terribles represalias. Se trataba nada menos que de apedrearles, de quemarlos vivos..... y entre tanto, el bravo gauchó, ágil como el ciervo, é intrépido como el león, preguntaba por todas partes en donde estaba el peligro. Dos de los jaguares habian penetrado en la ciudadela y se habian echado á la campiña por una muralla poco elevada, mientras que el tercero, batido por todas partes, buscaba una victima segura. Llega el gauchó. A su vista abren apresuradamente sus filas los mas animosos de los ciudadanos armados, y cobran valor los mas débiles..... Ved al tigre en presencia de su enemigo. Ambos se miran con ardiente pupila, ambos dispuestos á atacarse y á defenderse cual dos adversarios que por largo tiempo se han buscado. Agáchase el tigre furioso y astuto; el gauchó marcha hácia él con una rodilla en el suelo, apoya su arma en el hombro y va á disparar..... ábrese una puerta, y la bestia fiera se precipita, y ya bajo sus uñas de hierro una mujer, una madre tiene el seno desgarrado. Acaba de despertarse, y lleva en sus brazos á su hijo; quiere huir, pero queda cogida de

un salto, y entregándose sola para pasto de la fiera, habia arrojado á su hijo detrás de la cama.....

Poseyóse el terror de todas las almas, pero tambien el gauchó se habia precipitado como un dardo; colócase terrible y jadeante en la puerta misma de la casa, y por medio de un estrepitoso grito llama hácia sí la atencion del jaguar, cuya abierta boca iba á abrir un pecho. Detiénese la fiera sorprendida, exhala un ronco bramido, indignase de que se atrevan á atacarla, levanta sus rudos y pelosos labios, y manifiesta al aire sus agudos y cortantes dientes, y el gauchó, tranquilo entonces, se atreve á separar del fusil su mano derecha para hacer señas á la aterrorizada multitud de que el enemigo le pertenece. La mujer casi muerta y cuya sangre corria de cinco ó seis heridas, dice al fin al gauchó con apagada voz:

—Mátame vd., mátame vd., pero salve vd. á mi hijo.

—¡No se menea vd.! contesta el gauchó.

Y levantándose para presentar mayor superficie al hambre de la irritada fiera, se prepara; precipitase el tigre y cae muerto en su carrera.....

—¡Muerto! grita el gauchó ¡muerto el pícaro! Ya no desgarrará á nadie mas. Socórrase á la madre.....

Y se fué tranquilamente sin apenas curarse de las bendiciones de la multitud que le habia acompañado, y sin querer guardar la piel de su victima.

COSTUMBRES ANTIGUAS. — USOS ANTIGUOS.

EL COMBATE JUDICIARIO.

Las tribus godas importaron en España el uso de los combates judiciales. Bajo el imperio de los primeros reyes godos la religion y la supersticion se hallaban tan íntimamente unidas, los recuerdos del paganismo ejercian tal imperio todavia en los ánimos, que se vino á creer que Dios no podia hacer triunfar la injusticia con perjuicio del buen derecho, y se llegó á fiar á la suerte de las armas la decision de todas las cuestiones dudosas.

No solo fué autorizado el combate judicial, sino que fué muy recomendado por leyes espresas, reservándose únicamente á la nobleza el juramento.

Gregorio de Tours es el primero que hace mencion de un combate judicial. Cuenta el cronista que Gontran, rey de Borgoña, cazando en un bosque de los Vosgos encontró un búfalo que habia sido muerto de contrabando.

El guarda del bosque le denunció como culpable á uno de sus gentiles-hombres, llamado Chandon. Este negó enérgicamente el hecho, y el rey mandó lo probase con el combate. El sobrino de Chandon fué el que se presentó á sostener la demanda de su tío. Derribó al suelo al guarda, é iba ya á rematarle cuando su adversario, aunque mortalmente herido, le previno clavándole su puñal en el corazon.

En el diploma que estableció el nuevo género de procedimientos, Gontran dice sencillamente que instituye el combate judicial para que sus súbditos no tuviesen que prestar juramento sobre hechos oscuros, y no tuviesen que ser algunas veces perjuros en ciertos casos.

El uso del duelo ó desafío judicial fué acogido con placer y grande apresuramiento por los nobles y los jefes guerreros; empero encontró una viva y fuerte oposicion en el clero.

Así es que comenzaba á caer en desuso, cuando Carlo-Magno volvió á ponerlo en vigor á petición general de sus altos barones.

Habiendo Berenguer, conde de Barcelona, sido acusado de felonía por un señor, llamado Sanelon, mandó el emperador remitir la prueba al combate judiciario, y Berenguer fué muerto en él.

Carlo-Magno substituyó al juramento el combate judiciario, empero no permitió mas que el uso del palo.

Luis el Bueno autorizó el empleo de las otras armas, reservando el palo solo para los villanos.

Solo los nobles combatían á caballo, los villanos combatían á pié y con el rostro descubierto.

Solo estos debían recibir golpes en la cara, y de aquí nació el mirar un bofetón como la mas sangrienta y afrentosa injuria.

Un siervo podía combatir contra un siervo, contra un hombre libre, y aun contra un señor cuando era retado; empero si el siervo era el retador, el señor tenía el derecho de rehusar el combate.

Cuando un caballero citaba á palenque cerrado á un villano, debía éste presentarse á pié con escudo y el palo.

Se permitía elegir un campeón á los que no estaban en estado de pelear, á los ancianos, á los enfermos, á las mujeres. En caso de derrota, al campeón vencido se le cortaba la mano.

Abolido en parte por San Luis el duelo judiciario, fué suprimido por Felipe el Hermoso en 1303, después lo restableció y fijó su ceremonial el edicto de 1306.

Solo el rey en su gran consejo ó el parlamento podían permitir el combate.

El parlamento fué el que en 1386 autorizó el combate en-



Abadía de San Martín de los Campos.

tre el señor de Casouges y Jacobo Legris. Jacobo Legris fué muerto, lo que no fué obstáculo para que algunos años mas tarde fuese reconocida su inocencia.

Hoy vamos á describir uno de esos duelos entre villanos, de los que el uno había acusado al otro de un robo. Ambos eran criados del monasterio de San Martín.

El juez de San Martín, usando del privilegio concedido en 1118 por el rey Luis VII á esta abadía y á la de San German de hacer pleitear á sus siervos á palos, ordenó el combate.

Roberto de Estouville, preboste de París, consideró este acto como una usurpación de sus facultades y trató de oponerse á él; empero Luis XI, que no trataba de malquistarse con sus buenos amigos los religiosos de San Martín por dos villanos, mandó á su demasiado celoso preboste no solo que no impidiese el combate, sino que le diese mas realce y autoridad con su presencia y la de sus arqueros vestidos de gala.

El verdugo debía de ocupar su lugar y ejercer su papel en aquel triste espectáculo.

El anfiteatro de madera construido en derredor del campo cerrado, conforme á las ordenanzas de Felipe el Hermoso, media ciento veinte piés de circunferencia, á saber, cuarenta pasos de ancho y ochenta de largo.

Una grande afluencia de gentes se había colocado sobre todas las gradas.

A la hora señalada, al medio día, los dos combatientes fueron conducidos delante del bailio del monasterio *aparejados* con sus escudos y sus palos de tres piés de largo, como exigía la ordenanza de Felipe Augusto de 1205, armados de *pañó de lana y de estopas*. La lana ó las estopas debían servir para preservar las piernas: el paño ó el cuero para facilitar el manejo del palo. Los campeones llevaban los cabellos cortados por encima de la oreja, y se untaban de aceite sus miembros para aumentar su agilidad. Antes de emprender la batalla los dos adversarios se hincaron de ro-